

MANTO NEGRO Y MANTO BLANCO

Podemos discutir si María lloró o no lloró durante la Pasión. En cambio, no podemos discutir sobre su llanto de alegría cuando la Pascua..., y quien dijere lo contrario miente.



Sobre la Virgen Dolorosa, puede verse la *Carta Mariana* de abril de 2020. La maternidad espiritual proclamada desde la Cruz (Jn 19,26-27) se comenta en las *Cartas* de julio, octubre y diciembre de 2020.



Stabat mater. “ **Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena.**” Pone buen cuidado San Juan (19,25) en darnos noticia de la presencia de la Virgen junto a la Cruz. Como se suele comentar, el verbo empleado no equivale a *estar*, sino a **estar de pie**, por lo menos en la versión latina **stabat**; y eso tiene importancia.

En efecto, *estar de pie* sugiere *estar trabajando*. Así como Jesús está (y supremamente) trabajando en la Cruz por nuestra Redención, María, en su puesto, está *cooperando* o *colaborando* con Él por una total adhesión a lo que Cristo hace, adhesión que incluye el ofrecimiento de la Víctima y el de los dolores torturadores que el martirio de su Hijo le produce. Y sin embargo María no se desploma; parece que el evangelista da a entender una presencia activa, consciente y eficaz.

Si la madre lloró. Algunos autores se resisten a admitir debilidad en la Virgen de la Pasión, y creo que es San Ambrosio el que escribe: “Cuando leo que *estaba*, no leo que lloraba”. Ciertamente, San Juan no lo cuenta, si bien puede ser porque no hacía ninguna falta contar que una madre lloraba cuando mataban a su Hijo. Desde hace tiempo pienso que debe de haber tantos argumentos para pensar que lloraba (y a mares) como para pensar que no, porque su excelsa calidad de alma sabía colocar la voluntad de Dios (aunque fuera tan extraña aquella vez) por encima de sus instintos maternos.

¿Acaso no era María una madre? Sí, pero no *cualquier* madre; y sabía que actuaba mejor con su Hijo secundando sus empresas de loco amor (“**nadie tiene amor más grande**”, Jn 15,13) que desatándose en llanto. Por eso, mi intuición es que lloró, sí, pero solo cuando sus lágrimas no podían perjudicar la obra de su Hijo.

Y la veo yo cuando –seguramente– Jesús quiso despedirse de ella para ir a la Pasión. Mantendrían un diálogo conmovedor, que creo que terminaría con una exhortación verdaderamente heroica que sonaría como: “Hijo mío, Jesús, ¡ve a hacer lo que te pide tu Padre!” Quiere la tradición que la madre y el Hijo se encontraron en la Calle de la Amargura. La veo allí

dirigiendo a Cristo una mirada decidida, con el ceño fruncido y diciéndole sin palabras, pero señalando a la cumbre del monte final: “No te preocupes por mí: tú sube... y allí completa el amor”. Sí la imagino llorando en dos momentos: cuando, en el camino, Jesús se hubo alejado y ya no podía verla, y después de muerto Él, cuando no había peligro de que su llanto hiciese flaquear la determinación de Jesús. Se cumplía la profecía triste del anciano en el Templo: **“Una espada te atravesará el alma”** (Lc 2,34). “Cuántas lesiones sufrió Cristo en su cuerpo, otras tantas sufrió María en su corazón”¹. Era –como dice un autor medieval- la *Passio duorum*: la Pasión de los dos. Del valor del dolor de María (su *compasión*, junto a la Pasión de Jesús), habló así San Juan Pablo II:

“La Virgen no sufrió en razón de sí misma, siendo como era la Toda Hermosa, la siempre Inmaculada; sufrió en favor nuestro por ser Madre de todos. A semejanza de Cristo, que ‘soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores’ (Is 53,4), también ella experimentó dolores como de parto, a causa de una maternidad universal que nos regenera para Dios. El sufrimiento de María, nueva Eva, unido al del nuevo Adán, Cristo, fue y sigue siendo el camino real para la reconciliación del mundo”².

Y así, uniendo sufrimiento a sufrimiento (el suyo al de Jesús), María, que para dar a luz a Dios no tuvo dolores³, en cambio a nosotros nos dio a luz en un parto espiritual dolorosísimo “que nos regenera”, y –dice el Papa- su dolor se nos ha hecho camino, con el dolor de Jesús, para nosotros, para el mundo entero⁴. Su dolor: que era el dolor propio de la mejor madre, hacia el mejor Hijo, en las peores circunstancias.

Que la Virgen se alegró. Pero **“el amor es fuerte como la muerte”** (Cant 8,6), y el amor de María era fuerte como la muerte de Cristo. A María la sostenía la esperanza, porque **“aunque camine por cañadas oscuras, nada temo”** (Sal 23,4). Era la única que recordaba y creía los anuncios de Jesús: que Él iba a resucitar, que **“por la mañana irá a tu encuentro mi súplica”** (Sal 88,14). Su lámpara –ha dicho simbólicamente el Papa Francisco- fue la única lámpara encendida que lució junto al sepulcro de Cristo. “En aquella hora –según Pemán- María reconcentraba en sí toda la fe del universo”⁵. Los Apóstoles, cuando la Resurrección, exclamaban:



“¡Ha resucitado!” (Lc 24,34). María exclamaría: “¡Ya ha resucitado!”

Manto negro y manto blanco. Hay más. Son muchos –entre ellos, San Juan Pablo II- los que sostienen que el Resucitado se apareció a su madre, quizá la primera, aunque no lo recojan los Evangelios. En realidad –como me escribía, de allende los mares, aquel Fray Vicente que ardía en amor mariano-, todas las apariciones que cuentan los Evangelios son apariciones a incrédulos, y María no lo era. Incluso hay un indicio sobre esa aparición: cuando las mujeres van al sepulcro a embalsamar el cuerpo y se encuentran la Resurrección, no se menciona a la Virgen (cfr. Lc 24,10). Seguramente, ella no fue porque sabía –y muy bien que ahí no quedaba nada que embalsamar: porque el

¹ San Jerónimo, *Epistula IX ad Paulam*: Migne, *Patrologia Latina* 30, 131.

² San Juan Pablo II, 1-IV-1984.

³ Las características fisiológicas del parto virginal de María son la ausencia de dolores y la integridad del himen.

⁴ En la *Carta Mariana XIV* (octubre de 2020), expliqué cómo María es madre nuestra ya en el momento de la Encarnación, y luego, en el Calvario, esa maternidad espiritual alcanza nueva plenitud.

⁵ José María Pemán, *Lo que María guardaba en su Corazón*, Palabra, Madrid 1994³, 227.

cuerpo de Cristo estaba vivo y rutilante y porque se habían dado un abrazo infinito como los infinitos siglos. También es Pemán quien concluye que María había entendido que “en aquella Semana Santa que había terminado [...], el domingo era más definitivo que el viernes”⁶. Por eso rezamos: *Regina caeli, laetare!*: Reina del cielo, alégrate, porque la Muerte no ha podido con el Bueno.

Y yo escribo estas líneas en la Pascua ya. En mi parroquia, a la Virgen Dolorosa le hemos cambiado el manto negro por el blanco (la veis en las fotos anteriores); ha quedado de una hermosura imponente, y viene más gente a verla. “Por la Cruz, a la luz”, y de la ceniza del Miércoles, al cirio de los triunfos de la Pascua. Nuestra Virgen pascual conserva las lágrimas de la Dolorosa, lo mismo que el Resucitado conserva sus llagas. El dolor y la dicha, la cara y la cruz de la vida. ¡Pero la dicha prevalece! No le quitéis a mi Virgen su manto blanco. Su alegría es eterna. Su belleza es eterna.

Miguel Ruiz Tintoré

miguelruiztintore@gmail.com



⁶ *Ibid.*, 236.